



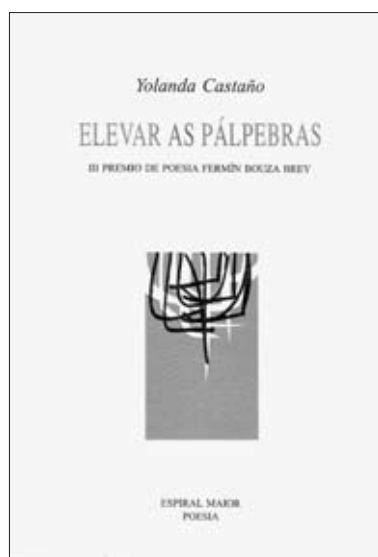
Dieciocho poetas: Mayoría de edad del poema en prosa

Dicen que quien no sale en la foto no existe. O eso piensan siempre los poetas cuando los dejan fuera de los múltiples florilegios, antologías, compilaciones, esa variante poética de la selección nacional de fútbol, pues hay tantas como millones de españoles viendo el partido por televisión. Pero en esta foto de mayoría de edad del poema en prosa, estas dieciocho velitas que representan una indudable madurez, tras más de cien años ya de *Azul*, a casi cien de *Diario de un poeta reciencajado*, no parece que falte nadie. Es decir, todos existen.

Ponerse a glosar la trayectoria de estos poetas a través del breve aporte que constituye un puñado de sus poemas, incluso si se hace con el conocimiento del resto de su obra, parece, no ya descabellado, sino contraproducente. Se podría hacer, sin duda, pero es mucho más interesante ponerse a describir el estado en que se encuentra una forma de escribir poesía entre nosotros, la poesía en prosa, que es ya capaz de aportar poemas como éstos. En otras palabras, si en lugar de considerar la antología como una cita para el supuestamente imprescindible, o un desplante para el prescindido, si en lugar de pensar en la selección española de fútbol, pensamos en el fútbol, los llamados alcanzan otro raro privilegio: son una muestra de la plasticidad, variedad y relevancia del poema en prosa en España en estos primeros años del siglo XXI, y contribuyen con su ejemplo a la constatación de que cualquier mirada de conjunto a la poesía española actual deberá detenerse en la praxis de la prosa. Los premios literarios también lo atestiguan, y se podría haber incluido a varios poetas jóvenes que los han ganado y los están ganando con abundante texto corrido en sus libros. *Atlas*, de Ana Isabel Conejo, ganador del Hiperión en 2005, un libro íntegramente formado por poemas en prosa, fue un síntoma saludable de todo ello, pues se imponía en un certamen caracterizado durante varias convocatorias por fomentar lo que quizá quede en el extremo opuesto de la poesía en prosa. Me refiero, claro está, a la forma fija, y en particular al soneto.

Por todo lo anterior, alguien que se ve en el papel de comentarista deportivo, a quien quizá le vendría mejor el de utillero, después de unos años alejado del azar de las alineaciones, tras aquel *Campo abierto* de hace ya casi un lustro, celebra que una nueva antología de poemas en prosa sea, no sólo posible, sino sorprendente. Es como si Yolanda Castaño, Julia Zabala o Castillo Suárez llevaran años escribiéndolos. Como si el fantasmagórico "Humo adentro" de Vicente Valero se hubiera escrito ayer mismo, como si las manos de las cajeras de Manuel Vilas se hubieran metamorfoseado en las manos del padre de Olga Novo (y qué diferentes venas recorren unas y otras manos), como si María Victoria Reyzábal, Pablo González de Langarika y José Fernández de la Sota hubieran guardado la esencia más secreta de ellos mismos para el poema en prosa; en fin, como si fuera anteayer mismo cuando Mestre abrió las manos para tocar el acordeón sobre un tejado y le salió esa rusa esquiva que ya no recuerda a Karl Marx. Y sin embargo.

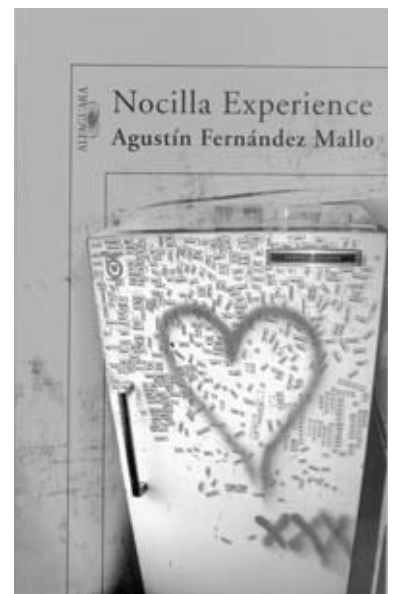
Una selección como ésta hubiera sido impensable hace sólo veinticinco años. No había ni poemas ni poetas. O sí los había habido, aquellos poetas de los setenta que de tanto fatigar el verso, la prosa y la gramática se hallaron a sí mismos encumbrados en la cátedra, en la iconografía, o en la escombrera. Desde Jenaro Talens hasta Andrés Sánchez Robayna, desde Ferrer Lerín hasta Leopoldo María



Panero, desde Eduardo Hervás hasta Aníbal Núñez. Y los poetas del cincuenta más inquietos, es decir, los que viajaban y sabían idiomas, José Ángel Valente y Ángel Crespo, más el raro precedente que fue siempre Manuel Álvarez Ortega. Por eso, ahora que los poetas españoles son capaces de leer la Lonely Planet en inglés, sus poemas vuelven a ser frescamente en prosa. Y muchos de los que lo practican hoy, aunque no siempre los más jóvenes como incluso en esta breve muestra se aprecia, parecen seguir la senda de quien no se ha definido como poeta en prosa, Antonio Gamoneda. Sin embargo, la peculiar retórica de este poeta lo hace especialmente asimilable sea en prosa o versículo. Y aunque no abundan en España, como en ninguna latitud, poetas que exclusivamente escriban poemas en prosa, no estamos ayunos de quien se atreva a dar a la imprenta libros enteros en este formato, ni de quienes lo persigan infatigablemente una y otra vez libro tras libro. Tampoco faltaban poemas en prosa hace veinticinco años, cuando el nuevo mapa autonómico descentralizó el poder administrativo y los pueblos se llenaron de poetas. Recuérdese que el primer libro de García Montero, *Ahora ya eres dueño del puente de Brooklyn*, está íntegramente formado por poemas en prosa. Y que Antonio Jiménez Millán, que llega hasta aquí y ahora con su militancia, incluyó algunos en aquellos inicios de la segunda mitad del setenta, bien antes de los de inspiración impresionista que aparecerán en libros posteriores. Pero entonces el fútbol se jugaba de otra forma, las alineaciones siempre las hacían los mismos, los dueños del balón, como en el barrio, y la selección no hubiera sido ni tan rica ni tan amplia.

Me gustan especialmente las mujeres, y no va con segundas. Es cierto que las aquí recogidas son mayoritariamente jóvenes. Y a ello voy: el poema en prosa en esta selección muestra una necesidad expresiva de raíz que no parece contentarse con la comedita secuencia del verso. La raíz de la historia y la maternidad (Ana Isabel Conejo, muy hermoso el tránsito de una a otra experiencia raigal que se percibe en esta simple y breve selección), la raíz de la memoria y la tierra (Olga Novo, dueña de una conexión antropológica con el *tellus* como hay pocas), la de la vida y la muerte (Elena Medel, con su habitual desenfado y creciente saber hacer), la del delirio y la desesperanza (Yolanda Castaño, asumiendo en la centralidad de su sujeto y su experiencia una viril pujanza), la del amor y la muerte (Julia Zabala, sorprendente, espero, para quien no esté familiarizado con la poesía en catalán), la del mito y su contemporaneidad (Castillo Suárez, con nada que envidiarle al mundo mágico de Anne Carson, incluso mucho más sutiles los filamentos de su dolor). Todas estas raíces están en estos poemas en prosa buscándole las vueltas, los grumos minerales y las capas freáticas al idioma. Mi hipótesis, aunque no es mía, por supuesto, es que cuando una poesía, la poesía de un poeta, la poesía de una generación si se quiere, busca autentificarse recurre al poema en prosa. Incluso si es para, una vez expandido el árbol de la sintaxis hasta calidades casi irreconocibles, volver al cincel y al regusto por el cilicio del verso, con el gusto que da. Estas poetas son difícilmente comprensibles sin estos poemas en prosa. Mejor: la parte más radical de estas poetas está en estos poemas en prosa.

De los hombres, y pese a que cada uno sigue más o menos en su sitio, es decir, felizmente unido a su propia raíz, se ve un acendramiento en el cultivo del poema en prosa, incluso en los casos en los que, palpablemente, hace ya tiempo que se dedican a otra cosa, como Cobos Wilkins, un poeta que supuso toda una bocanada de aire fresco en los primeros noventa. Se ve, por ejemplo, que el idiolecto de un poeta órfico y expansivo como Francisco León da de sí cada vez poemas más largos y contundentes, como esos acantilados que bajan escalonados hasta el mar. O que Rafael José Díaz puede abandonar la exquisitez de sus inicios sin dejar





de ser exquisito, ahondando su idiolecto particular, es decir, haciendo más directamente comunicable su experiencia. He aquí dos poetas canarios de signo muy diferente (obsérvese esta diferencia, por ejemplo, en la utilización o renuncia del cernudiano recurso a la objetivación de la experiencia biográfica en un tú que es un yo). En ambos casos, sin embargo, el poema en prosa sirve inmejorablemente para anclar la luz a la memoria y confirmar la buena salud de la que gozó en Canarias la poesía en prosa siempre. A Fernández Mallo el poema en prosa le sirve con su propia fórmula y su propia química, sin necesidad del alambique de la ecuación, con arábigos y todo, que en ocasiones forma parte del cuerpo del poema en sus libros; y su carne de cañón de vídeo es un poema en prosa que hace ya tiempo seleccionó como soporte ideal para su mirada cuántica. Riechmann parece admonitorio en estos poemas en prosa que recogen uno de los vectores de su poesía, la que le viene a través de la berza sublimada y dignificada por el elixir de los hijos de Ullán, otro eximio poeta en prosa. Se esconde un poco con esta selección el lirismo de Riechmann (magnífico el Juan Ramón evocado en su penúltimo libro), y quizá a ello se debe la selección de un fragmento inicialmente publicado como poética. Pero siempre le estaremos agradecidos de eso que no estamos tan sobrados: el pensamiento. ¿Algo mejor que un poema en prosa para construir un decálogo? Pues sí, un poema en prosa dedicado a Rimbaud, en quien todo empezó a hacerse monstruoso y a abandonar lo apolíneo del alejandrino para entregarse a la plenitud dionisiaca de la expresión en prosa. Y la prosa le sirve también a Manuel Vilas, un autor que finta con soltura entre la poesía y la narración, en ese espacio donde no necesariamente, pero sí habitualmente crece la poesía en prosa.

Pero olvidémonos ahora de los nombres, o pongámoslos entre paréntesis, siguiendo con esa lectura de la selección que proponía al principio. Fijémonos no tanto en quién sale en la foto como en el fútbol que practica. Espiguemos, como si se tratara de un corte en sección, de entre estos poemas que la disponibilidad de los textos, la vanidad de los poetas, o el simple azar de su comparecencia, nos ha dispuesto. Hablemos de los temas y de las formas, por ponerle dos rudimentarias puertas al campo abierto de la poesía en prosa. Tenemos el poema en prosa de inspiración pictórica, pero también el que anuda lo histórico, o lo político, a lo personal (Antonio Jiménez Millán), el que resuena con los ecos rotos de cierta pérdida épica y de esas cenizas recoge la intrahistoria (Ana Isabel Conejo), el que funciona exactamente al revés, va de la pérdida de lo personal a la recuperación de la memoria y se ve niña a sí misma en un piso desarrollista, con la importante preocupación por lo que se suele llamar metapoesía, tan cara al poema en prosa, (Elena Medel), la poética y la política, en el sentido menos restrictivo de ambos términos (Jorge Riechmann), el collage y el *objet trouvé* de tan honda huella surrealista, más la stampa impresionista (Juan Carlos Mestre), el lirismo exacerbado con ribetes de urna griega (Juan Cobos Wilkins), el desgarrar amoroso y el amor al desgarrar (Julia Zabala), la mitificación de lo personal con superposición de planos históricos (Manuel Vilas), la personalización del mito en lo telúrico, como una deidad que soplase nueva vida dentro de un terrón de tierra (Olga Novo), la refundación del Mare Nostrum como mar sanador en una playa ibicenca por parte de quienes tienen el acceso vedado al chillout y ven lo que nadie ve, sus escombros (Vicente Valero), el poema en prosa escorado felizmente hacia el modelo del minicuento (José Fernández de la Sota en su poema sobre Casariego Córdoba), el neoesencialista (María Victoria Reyzábal), la existencia como erotismo (Rafael José Díaz), el erotismo como existencia (Yolanda Castaño), los implacables sou-



venirs de un tiempo roto, el chirriar de los tiovivos y peces muertos en la playa (Castillo Suárez), el replicante que recitaba a Einstein y abría corchetes como ventanucos por los que se le veían latir los cables (Agustín Fernández Mallo), el naturalista que cartografía hasta el delirio un territorio insular deshabitado (Francisco León), la naturaleza interiorizada y esa extrañeza de estar vivo (Pablo González de Langarika). Hágase un breve recuento de estos temas y saldrá la historia reciente de este país en el DNI poético, el ADN histórico, de todos estos poetas, desde los minifundios hasta el 11-M.

¿Pero cómo sale esta historia? Es decir, ¿qué forma tiene? Y aquí nos vamos a la prosa del poema, al poema en prosa, capaz de acoger en su seno sin violencia y con capacidad regenerativa un mundo más amplio que el compartimentado del verso. No en vano, la necesidad que tienen todos estos poetas de alternar ambos formatos, la prosa y el verso en el poema, tiene por fuerza que traducirse en algún tipo de consecuencia devenida de la predilección por uno u otro. Yo propongo que lo que marca esa elección es algo ideológico. Y aquí voy más allá del significado restrictivamente político del término. Me refiero en concreto a la ideología como se ha entendido a veces en los estudios literarios: como contenido. Y en un género poético en el que el contenido es a su vez el continente, yo creo que esa desaparición de requerimientos formales más allá del texto justificado a ambos lados de la página seduce a los poetas más radicales a la hora de ser más radicalmente poetas. No es que el poema en prosa no tenga sus formalismos, que los tiene. Pero quizá como contrapeso a la torre de versos, aquí se ve la necesidad con que les sirve a estos poetas. Como en los viejos tiempos, pero con un formato capaz de aunar la historia y la memoria, el yo y el nosotros, sin caspa ni berza, superada la pana burda de la figuración, suficiente en su capacidad de convocatoria, elegante en su despliegue, sin renunciar ni al destello, ni al desgarro, ni al pensamiento latentes en toda poesía, utilizándolos más bien como puntos nodales en la generación de su propia materia fónica (no sólo del significado viven los poetas), el poema en prosa en España está de cumpleaños. Y son nada menos que dieciocho, toda una mayoría de edad. Debemos celebrarlo.

